

Los Populismos Latinoamericanos transfigurados

Marcos Novaro

Marcos Novaro: Sociólogo argentino, investigador del Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

Desde hace varios años, diversas experiencias consideradas familiares al populismo han modificado los espectros políticos del continente. Comparar los viejos y nuevos populismos en cuanto a los modelos de identidades y vínculos de representación puede permitir dilucidar en qué sentido es posible hablar de agregación e integración en las actuales experiencias «populistas»; así como qué tipos de diferencias y similitudes existen respecto de la experiencia resultante de los populismos históricos. En base a ello se puede considerar, también, el problema de la actual relación entre populismo y liberalismo.

Aunque en mayor o menor medida limitadas y condicionadas, las democracias latinoamericanas han logrado sobrevivir a sucesivas o simultáneas crisis económicas, sociales, políticas y financieras durante los últimos años. Su suerte no parece ser ajena a lo que ya, a fines de los años 80, Zermeño denominó «el regreso del líder», postulando una directa correlación entre la fragmentación y la generalizada inseguridad colectiva, y la confianza depositada en figuras carismáticas a las que se considera capaces de poner un remedio a la «situación de emergencia». En este contexto no resulta extraño que haya renacido el interés por el tema del populismo, cuya vigencia como tradición predominante en la cultura política latinoamericana ha sido señalada recientemente en forma reiterada. La mayor parte de los observadores reconoce, sin embargo, que los fenómenos políticos en que se inscriben los nuevos liderazgos latinoamericanos no son fácilmente identificables con el populismo de los años 40: Zermeño se refiere a ellos como «neopopulismos», en tanto está ausente un sujeto popular global y uniforme, un «pueblo» en el sentido lato del término; Ducatenzeiller y Oxhorn destacan las continuidades en el terreno político (principalmente la tendencia autoritaria, antipluralista, y el escaso respeto por las reglas institucionales), pero advierten significativas variaciones en cuanto a las políticas económicas y las alianzas sociales; también Gibson se refiere a estos cambios en los constituciones y políticas públicas, en términos de una «conservatización» de las fuerzas populistas de la región. Pero, entonces, cabría preguntarse si, habida cuenta de todas estas diferencias, aún puede hablarse de populismo; si los cambios registrados en el PRI

mexicano, en el peronismo argentino, en el MNR boliviano, autorizan a seguir refiriéndose a estas fuerzas como populismos; y si fenómenos como los de Fujimori en Perú, Collor de Mello en Brasil, o Caldera en Venezuela, tienen suficientes rasgos en común con los líderes populistas que los precedieron como para merecer ese calificativo.

En principio digamos que la sola presencia de un liderazgo fuerte, vinculado a las masas en base a su carisma, no es argumento suficiente para dar una respuesta afirmativa. Los populismos latinoamericanos merecieron esa denominación porque compartían otros rasgos comunes característicos. Destaquemos dos de ellos: la agregación en términos de «pueblo» de una diversidad bastante amplia de sectores sociales, mayoritaria aunque no exclusivamente subalternos, que venían experimentando una acelerada transformación social y económica, y por lo tanto no estaban claramente diferenciados entre sí, ni estructurados sectorialmente; y la atribución al movimiento resultante de una misión «regeneradora» de la nación. El imperativo al que los fenómenos populistas respondían asumiendo esa misión era, básicamente, incorporar a la vida política a aquellos sectores en ascenso, en el contexto de sistemas institucionales y partidarios que se mostraban incapaces de canalizar ordenadamente, es decir, dentro del orden instituido, dicha incorporación. ¿Es similar a este imperativo el que anima a los actuales fenómenos políticos que comúnmente denominamos populismos?; ¿son los líderes de los que hablamos el instrumento para la integración (y en caso afirmativo, de qué tipo de integración se trata) de las masas fragmentadas por la crisis y la modernización en curso, a la vida de las nuevas democracias latinoamericanas?

Como responder a este interrogante exige considerar el carácter general de los fenómenos políticos en cuestión, y su posible comparación con los populismos históricos, comenzaremos por delimitar el terreno en el cual, creemos, es más conveniente fijar la atención. Como dijimos más arriba, no se trata simplemente de constatar el vínculo entre un líder y una masa de electores. Que ese vínculo existe es hartamente evidente; lo que está en cuestión es su naturaleza y significado. Tampoco se trata de considerar determinadas políticas públicas o contenidos ideológicos. Parece ser una constante la adopción, por parte de los nuevos líderes, de programas de reforma del Estado y la economía que distan mucho de las políticas predominantes en los años 40. Esto ha llevado a afirmar a algunos autores que existiría una suerte de «afinidad electiva» entre los nuevos populismos y las políticas neoliberales (Weyland; Roberts). Sin embargo, debe tenerse en cuenta que también están aplicando estas políticas en la región gobiernos ajenos, o por lo menos distantes, a la tradición populista. Y que su adopción puede obedecer al «clima de época», o al estrechamiento de los márgenes de libertad para elegir un rumbo económico en situaciones de crisis muy profundas. Por lo que la relación

entre la decisión sobre esas políticas y la tradición a la que los gobernantes pertenecen, o el carácter de sus constituciones, es algo que debe considerarse con mayor detenimiento, y en una perspectiva que vaya más allá de la coyuntura. El hecho de que las máximas neoliberales se contrapongan globalmente al «modelo» económico y estatal del populismo clásico no debe hacernos olvidar la ambigüedad y variabilidad con que éste interpretaba y ponía en práctica sus principios (la defensa del mercado interno, la provisión de ciertos bienes y servicios públicos, el nacionalismo, etc). En suma, no parece recomendable basarse, al menos en un primer momento, en consideraciones de este orden para una comparación consistente con los actuales líderes.

Recordemos, por otra parte, que el populismo ha sido caracterizado más que por un determinado contenido programático o ideológico, por una forma particular de agregación política (de Ipola; Laciau 1987). Un estilo, al que Alberti se ha referido como «movimientista», de reconocimiento de demandas y construcción de identidades. Ambas cuestiones, la representación y las identidades, han estado en el centro del debate en los últimos años, a raíz de la crisis de las formas políticas tradicionales que acompañó a las transiciones democráticas. Y esto es, tal vez, lo más curioso de los líderes «neopopulistas»: que emerjan contemporáneamente a la disolución o fragmentación del «pueblo» como sujeto político, al debilitamiento de la capacidad de agregar demandas por parte de organizaciones de intereses integradas de un modo u otro a los «movimientos», especialmente de los sindicatos, y al agotamiento de la funcionalidad y legitimidad de las instituciones estatales creadas por los populismos durante su etapa clásica. Los nuevos líderes surgen, en otras palabras, en el mismo momento en que se vuelve evidente la irreversible desaparición de las condiciones estructurales que fueron esenciales para el florecimiento del populismo en la región. Advirtamos por último que estos líderes, en algunos casos, se basan en partidos que tienen origen populista, pero que han sufrido profundas transformaciones; en otros, en formaciones con un origen diverso; incluso los hay que carecen prácticamente de una estructura política organizada. Ninguno de ellos tiene detrás un «movimiento» parangonable a los que se conformaron y gravitaron como actores centrales de la vida política en estos países a partir de los años 30 y hasta los 70. ¿Qué es lo que sucedió, entre tanto, con las identidades y las formas de representación? Esta parece ser la cuestión fundamental.

Establecer la comparación entre viejos y nuevos populismos en este plano del formato de las identidades y de los vínculos de representación debe permitirnos, en suma, encarar la cuestión de en qué sentido se puede hablar de agregación e integración en las actuales experiencias «populistas», y qué diferencias y similitudes existen con la experiencia resultante de los populismos históricos. En

base a ello podremos considerar, también, el problema de la actual relación entre populismo y liberalismo.

Crisis de la representación y las identidades

Hemos destacado la paradójica secuencia que existe entre la crisis de la representación política y el debilitamiento de las identidades tradicionales, comprendidas las populistas, por un lado, y la emergencia de los nuevos liderazgos, también ellos «populistas», por otro. Es necesario precisar ahora en detalle el carácter de la relación entre ambos fenómenos.

Nuestra hipótesis es que la desaparición de las condiciones estructurales que habían sido esenciales para el populismo clásico, acaecida a partir de una muy amplia transformación de orden social, política e institucional en la región (a la que nos referimos muy sintéticamente en el párrafo anterior, y que debemos dar aquí por supuesta), determina que el formato de las identidades y liderazgos hoy denominados «populistas» difiera sustancialmente del de los movimientos populistas históricos. Nos referiremos entonces a continuación a estos cambios, y a los formatos de identificación y representación tradicionales y actuales.

La crisis de representación de la que se ha hablado en los últimos años 80 y los primeros 90 en América Latina está sin duda asociada, aquí al igual que en otras regiones del mundo, con cambios estructurales de envergadura que se iniciaron a mediados de la década anterior: la fragmentación de los sectores de intereses organizados, la extrema inestabilidad y fluidez de las posiciones en el mercado laboral, la compleja imbricación de los conflictos sectoriales, y las dificultades crecientes que encuentran los Estados para proveer bienes y servicios, a lo que se suma en nuestro caso el considerable déficit de las jóvenes instituciones republicanas para dar una respuesta rápida a estos problemas. Dado que en esta situación las identidades y agrupamientos de intereses tradicionales se debilitan, y los partidos en el gobierno son incapaces de proveer una respuesta a los problemas más urgentes de la ciudadanía, la confianza y los sentimientos de pertenencia a dichos partidos, y en algunos casos también a los principales partidos de la oposición, sufren una rápida erosión.

Lo interesante es observar que se trata de un proceso de doble desarticulación. Desarticulación en la cima del sistema político, crisis de los partidos y las instituciones de gobierno. Y, sobre todo, desarticulación de los actores organizados de la sociedad, en la base. Esta ya no constituye un campo social movilizado y medianamente estructurado, resistente a las intervenciones políticas y demandante de la satisfacción de intereses previamente agregados, como sucediera en décadas anteriores. Comienza a configurarse en su lugar un orden social muy poco denso y

tonificado, «sin vértice ni centro, un sistema sin portavoz y sin representación interna», lo que Galli (1990) llama una «sociedad polimorfa». Las imágenes de la unidad social, aquellas que la constituyen como una persona colectiva, y en base a las cuales determinados actores pueden presentarse como representantes del interés general, es decir, como «el pueblo», son ahora, en consecuencia, más débiles, más transitorias y superficiales de lo que solían ser. Se observa, por otro lado, el fortalecimiento de las solidaridades locales y las demandas puntuales, y la convivencia de tendencias a la activación política no institucional, con la desactivación y el retiro a la vida privada. En suma, la sociedad se «despolitiza»; y al mismo tiempo, la política se «desocializa». Como corolario, al debilitamiento de actores sociales organizados capaces de encarnar intereses generales durante períodos más o menos prolongados, le corresponde una suerte de autonomización de las instituciones de la política.

Recordemos que el populismo, en sus orígenes, había sido la respuesta a una situación de gran fluidez social y política. Pero mientras en ese momento el desafío era la agregación de actores en ascenso, crecientemente organizados, ante lo cual el populismo se ocuparía de reforzar estas tendencias, la actual fluidez parece seguir una trayectoria inversa: los grupos organizados pierden peso en el conjunto social; se debilita, como dijimos, su capacidad para representar intereses generales, y amplios segmentos de la sociedad, de los trabajadores, las clases medias e incluso los sectores propietarios, ven degradadas sus condiciones de vida y sus instrumentos tradicionales para elevar reclamos a las instituciones de gobierno. ¿Qué puede significar la representación política en una tal situación?; ¿qué se puede representar, si no hay ya identidades fuertes, encarnadas en partidos o movimientos? Para encarar estos interrogantes debemos hacer, ante todo, una breve consideración teórica sobre las categorías de identidad y representación.

Identidad y representación

La noción de identidad refiere al principio de unidad de un actor colectivo, a aquello que mantiene unido lo que de otro modo sería una multitud políticamente inerte. Ahora bien, ¿cómo opera este principio de unidad? Hobbes sugiere una idea interesante en el capítulo XXV del Leviathan. Afirma allí que «ninguna gran república popular se ha mantenido jamás sino gracias a un enemigo exterior que la aglutinaba; o a la reputación de algún hombre eminente entre el pueblo». A falta de un principio tenemos, al parecer, dos. El primero, la existencia de un «otro» frente al cual se constituye el «nosotros», puede ser denominado «principio de alteridad». El segundo, la referencia común a un tercero que se destaca del conjunto, lo denominamos «principio de escenificación» y, es fácil advertirlo,

corresponde a lo que habitualmente se denomina «representación». ¿Son dos principios independientes, alternativos, o convergentes y solidarios en una misma dirección? Este parece ser un problema fundamental para entender los distintos «formatos» en que las identidades pueden presentarse. Veamos, entonces, cómo opera cada uno de estos mecanismos. Los autores no alcanzan a ponerse de acuerdo en cuál de ellos es el primigenio, y por lo tanto el que da origen verdaderamente al fenómeno de identificación. Por ahora supongamos que son contemporáneos, y en consecuencia, tanto vale empezar por uno de ellos o por el otro.

Ciertas teorías estructuralistas han puesto de relieve la constitución de la identidad del sujeto a partir de su enfrentamiento a «otro», respecto del cual se «destacan» los rasgos propios que lo «identifican» con un determinado colectivo. En la aplicación de este principio, Laclau ha identificado los procesos por los cuales las lógicas de la diferencia y la equivalencia dan origen a los procesos de agregación, descomposición y redefinición de los actores colectivos (1994ab; Laclau/Zac). En el Schmitt de *El concepto de lo político* se nos sugiere una idea bastante similar: es a partir de la contraposición a un enemigo, vale decir, la decisión de enfrentar a «otro», que se constituye la identidad del «amigo» en tanto entidad política (Schmitt 1932). Se trata de identidades descentradas, pues su principio de unidad es, de algún modo, externo a ellas mismas. Vale decir, lo que nos da una identidad no es algo que nos pertenece, ni un rasgo particular, ni una esencia intrínseca, si no la relación que se establece con otros. Ahora bien, ¿a qué obedece que esta relación se conforme de un modo u otro? Schmitt, y en sus últimos trabajos también Laclau, responden que la identidad no tiene fundamento alguno; lo que equivale a decir: ella se basa en una «decisión» sobre la misma identidad. Si esto es así, ¿en qué se sostiene dicha identidad?: en la «capacidad de enfrentar al enemigo», en otras palabras, en el poder. No queremos detenernos demasiado en este punto, pero pareciera que por esta vía nos internamos en una suerte de hiperpoliticismo, que equivale, en última instancia, a la negación de la política. Si las identidades consisten sólo en una manifestación resultante del poder, se rigen por la imposición y el dominio, el crudo ejercicio de la violencia, por ningún otro principio. Y todo lo demás es sólo apariencia, o cuanto más, «mediación», fórmula en la que se engloba todo aquello que obstaculiza o morigerara la cruda esencia de la política.

Desde una perspectiva distinta, la fenomenología, las teorías de la ideología, y la generalidad de las teorías de la democracia, suelen reivindicar para las identidades la referencia a valores, voluntades, intereses. En suma. sería la referencia a determinadas «ideas» la que produce en los sujetos el efecto de identificación. Ideas que les dicen a los sujetos históricos quiénes son. Esto significa que las ideas

les proveen de una «imagen» con la que se identifican. Ahora bien, imágenes e ideas no se hacen presentes en forma inmediata, deben ser personificadas, es decir, representadas. Y por lo tanto, las imágenes no sólo suponen un desdoblamiento imaginario, la proyección de cierto contenido subjetivo en una escena especular en la cual los sujetos «recuperan» idealmente lo allí proyectado que les es «propio». Sino también un desdoblamiento existencial, que involucra a las personas de los mismos sujetos: se conforma un espacio de escenificación en el que se relacionan los sujetos como representantes y representados.

La escenificación o representación es, según esta perspectiva, inherente a la construcción de la identidad, tanto en el terreno político como en el resto de las esferas de la vida social. Pero, si esto es así, ¿qué es lo específico de las identidades políticas?; la naturaleza de las imágenes representadas, su abarcabilidad, su potencia para impulsar a los sujetos a la acción o a la obediencia (pensemos por ejemplo en la nación, la clase, el progreso, la tradición). Ahora bien, ¿no podría también decirse que lo común a estas imágenes es la identificación de un adversario contra el que se actúa? Volvemos entonces al punto inicial: ¿cuál es la relación entre la alteridad y la escenificación?

Por lo que hemos dicho, no serían dos principios alternativos, sino coexistentes, presentes ambos en todo fenómeno de identificación. Pero aún debemos establecer el modo, o los modos, en que operan y se articulan entre sí. Rino Genovese, en un reciente estudio sobre la construcción de la identidad femenina, ha planteado esta cuestión con gran claridad. Postula en su trabajo que la experiencia subjetiva se abre a partir de la conformación de un espacio de escenificación, que provee la «forma» dentro de la cual las imágenes del mundo intersubjetivo, de los «otros», se inscriben. Un planteo equivalente en cierto sentido encontramos en la *Teoría de la Constitución* de Schmitt: todo orden político se sostiene en dos principios, representación e identidad, y la «prioridad» del primero corresponde a la necesidad de que exista un orden, una forma política, que discrimine entre gobernantes y gobernados, para que una multitud devenga en pueblo y pueda desarrollar una experiencia política (consistente, claro, en la lucha contra otros pueblos).

La «prioridad» de la representación, o de la escenificación, no agota, con todo, la cuestión. Es evidente que pueden darse situaciones diversas, en las que un principio o el otro provean la principal fuerza de agregación. Como nos decía Hobbes en el pasaje arriba citado, una república puede unirse en torno a un jefe, o en torno a un enemigo. Y en un caso encontraremos una identidad construida principalmente en base a un vínculo de representación, mientras que en el otro, la identidad se construirá centralmente en base al conflicto, la alteridad, y la escenificación, aunque originaria, ocupará un lugar secundario. Dicho esto,

retornemos a nuestro asunto, los formatos de identidad y representación en los nuevos liderazgos y en los populismos clásicos.

Nuevos liderazgos y populismos clásicos

Consideremos en primer lugar, utilizando las categorías recién enumeradas, el caso de éstos últimos. En ellos existía una fuerte identidad en términos de «pueblo», resultante de la determinación de un alter intersubjetivo, una alteridad en el campo social que articulaba los antagonismos socioeconómicos, étnicos, culturales, territoriales, etc. El principio de alteridad cumplía una función central, en suma: en base a una distinción entre amigos y enemigos, entre el «pueblo» y la «oligarquía», se producía un agrupamiento que involucraba todas las esferas de existencia de los sujetos, dando un sustrato muy sólido a los alineamientos y comportamientos políticos. La identidad resultante poseía entonces una gran consistencia, tendía fácilmente a naturalizarse, y a generar la imagen de una esencia originaria que se hacía presente en cada acto del movimiento y del líder. De allí la potencia del «carisma» de estos últimos.

De este modo, los movimientos populistas integraban a sus miembros en identidades a la vez políticas, culturales y de intereses económicos; y, dada esta fuerte lógica de la identidad, la representación, cuya debilidad institucional ya hemos referido, quedaba en tanto lógica de la vida política, relegada a un plano secundario. De hecho, el líder no era concebido como representante, sino como «encarnación de los valores y aspiraciones del pueblo», lo que al mismo tiempo le confería un gran poder de movilización y lo sometía a una fortísima presión, debido a la consecuente inmediata politización de toda demanda colectiva.

No casualmente, la referencia a una «comunidad orgánica» del pueblo, contrapuesta a las fuerzas de la sociedad tradicional, fue un elemento recurrente en los movimientos populistas clásicos. Incluso en un país relativamente homogéneo como Argentina, el carácter plebeyo del movimiento populista se afirmó en el color de la piel, en la procedencia territorial y en los valores culturales de sus integrantes. En todos los casos, ello se correspondía con un principio de legitimidad revolucionario, «movimientista»: el orden tradicional habría de ser sustituido por el nuevo orden nacional-popular, y en ese mismo momento la identidad del «pueblo» que el movimiento encarnaba, de acuerdo con su espíritu re-generacionista, se confundiría con la nación toda. De aquí la tensión entre estos populismos, tanto en México como en Brasil, Perú y Argentina, y los principios democrático-liberales, principalmente el del pluralismo.

Por su parte, en las identificaciones que movilizan hoy en día los nuevos líderes de la región, es la escenificación, en cambio, el principio predominante. Se agrupa una

multitud heterogénea por referencia a un término exterior, que es personificado por quien ocupa el centro de la escena política. En estas sociedades, como decíamos, no gravitan como antes las imágenes y promesas de constituirse como cuerpo unido y homogéneo. Y esto no sólo por la crisis estructural a la que hicimos referencia, sino fundamentalmente porque las alteridades en base a las cuales dichas imágenes y promesas se constituyeran han perdido su anterior radicalidad o directamente han desaparecido: en Perú y Argentina la violencia desatada por antagonismos mucho más radicales que los populistas (pero que sin duda éstos ayudaron a incubar) parece haber borrado el clivaje que separaba al homogéneo «campo del pueblo» de sus enemigos; con menor dramatismo, en México y Brasil el proceso de modernización y la cada vez más compleja diferenciación social ha producido un efecto semejante, forzando al abandono paulatino de la legitimidad e imaginaria revolucionaria del populismo. De allí la necesidad de que se hagan presentes sustitutos de estas imágenes. Que provee justamente la representación personalista de ciertas figuras: el principio activo de la identificación no es ya la alteridad, entonces, sino la escenificación, la representación política, que tiene ante sí el desafío de unificar lo que ya no puede considerarse una «comunidad orgánica». Y la representación debe ser particularmente activa ahora, puesto que para lograr un resultado en términos de identificación mucho más frágil y menos articulado que los que lograba el populismo clásico, que integra más débilmente lo político, lo cultural y lo económico, es preciso producir y hacer circular una cantidad mucho más amplia y variada de imágenes e iniciativas políticas. En otras palabras, en las nuevas identificaciones se mantiene abierto el problema de la relación entre electores y elegidos, dado que el poder carismático de los líderes no basta para obturar esta relación, y se abre así el camino para que la lógica de las instituciones actúe en un campo más amplio y dinámico, con mayor autonomía y diferenciación funcional.

Puede advertirse fácilmente la relación directa que existe entre estos cambios y la redefinición del espacio público y de la condición de la ciudadanía. Con respecto a lo primero, se observa la emergencia de una opinión pública compuesta de preferencias colectivas inciertas y grupos de interés muy específicos o difusos. En cuanto a lo segundo, el no reconocimiento de ciudadanía a la mayoría pobre y mestiza, problemática propia de las sociedades oligárquicas, que dio origen al primer populismo, es reemplazada por la que nace de diferencias sociales y económicas tan o incluso más pronunciadas que las de medio siglo atrás, pero se desarrolla en sociedades definitivamente postcomunitarias, y en un contexto institucional democrático crecientemente estable.

No es por cierto ajena a estos cambios la transformación del rol de los líderes. Los del período clásico poseían un rol indiscutible, en tanto su figura estaba integrada

orgánicamente a la identidad en cuestión. No parece ser el caso de los nuevos líderes, que demuestran ser mucho más frágiles y efímeros. Si ya no hay identidades fuertes, ni intereses agregados en forma estable, tanto éstos como aquellas son difusos, y lo que el ciudadano-elector opine es sólo representable en encuestas de opinión o en porcentajes de voto, el representar consiste en un permanente esfuerzo de traducción de demandas y expectativas en políticas, y la construcción de imágenes capaces de movilizar aunque más no sea transitoriamente voluntades, adquiere una enorme importancia. El carácter representativo de las nuevas figuras depende muy estrechamente, en consecuencia, de su «efectividad» gubernativa, de la provisión de resultados muy concretos, y de la interpretación de los «estados de ánimo» y su permanente interpelación a través de imágenes y discursos.

Tenemos entonces que, si bien la recepción y agregación de demandas puede verse debilitada en virtud de la crisis de los actores organizados, y de las escasas posibilidades de oferta desde el Estado, en cierto sentido los nuevos líderes están mucho más directamente sujetos a la satisfacción de demandas que sus antecesores. La crisis política que atraviesan las democracias latinoamericanas, contexto en el que emergen y despliegan sus iniciativas los nuevos líderes, no da lugar, por lo visto, a una despolitización en general, ni a la desafección absoluta de la sociedad respecto de la política. Más bien se trata de la sustitución de ciertas formas tradicionales por otras nuevas. Menos densas, menos movilizadas y organizadas, pero no necesariamente menos efectivas. Al menos no en términos de su gobernabilidad. Esto es lo que nos interesa considerar ahora, ya que es en este aspecto que reside tal vez la clave para comprender la relación entre los nuevos líderes y el liberalismo.

Populismo y liberalismo

Se ha considerado insistentemente en la literatura sobre el resurgir de los populismos latinoamericanos, que la personalización de la representación en líderes carismáticos ofrece una salida sólo aparente a la crisis política e institucional de la región: estos líderes se «autopresentan» ante la sociedad aprovechándose de un vacío de imágenes unificadoras de la misma, permiten en la situación de crisis la traducción política de un conjunto disperso de voluntades particulares, pero al costo de la manipulación de las reglas institucionales, la violación de las promesas y compromisos contraídos con los votantes y de los derechos ciudadanos. En suma, sofocan la emergencia y el peligro inmediato de descomposición del orden, pero al precio de la instauración de una suerte de inestabilidad e inseguridad perpetuas. Planteando en nuevos términos, en ciertos

aspectos perfeccionando, la amenaza a las instituciones republicanas que los populismos clásicos habían implicado.

Algunos datos de la situación respaldarían estas sospechas. Gracias a la «massmediatización», la acción y el discurso políticos se intersectan ahora en un espacio mucho más amplio que el que conocieron aquellos populismos, con lo que se ponen a disposición de los gobernantes recursos para manipular la información y las identificaciones que exceden en mucho los materiales e instrumentos con que se construían los esquemas movilizatorios nacional-populares tradicionales. A su vez, la multitud de intereses heterogéneos que presionan durante la crisis sobre las instituciones de representación formal, incluidos los partidos y sindicatos que respaldan a los nuevos líderes, excede en mucho su capacidad de respuesta, tomándose evidentes sus problemas de ineficacia e ineficiencia, y ello es aprovechado por éstos para concentrar el poder en sus manos, sin tener que rendir cuentas ni siquiera al «movimiento». Por los mismos motivos, se vuelve difusa la idea misma de una «voluntad general», y esto facilita el tránsito del «propagandismo» populista, que consistía en transmitir un mensaje a una multitud homogénea, a una suerte de «mercadotecnia política», que interpela a públicos diversos, carentes de intereses comunes muy definidos, integrándolos como audiencia o destinatarios de políticas de gobierno en forma esporádica, fragmentaria y por lo tanto, fácilmente controlable. El desarrollo de programas focalizados de ataque a la pobreza extrema (el Pronasol en México, el Foncodes en Perú, el Fondo del Conurbano, los PIT y otra serie de iniciativas en Argentina), en reemplazo de las políticas universalistas de provisión de bienes públicos, que articulaban al Estado con grupos de interés organizados, es además de una clara muestra de la radical diferencia que separa a los «neopopulismos» de los populismos clásicos, un buen ejemplo de cómo se instrumenta hoy en día en la gestión de gobierno esta amplia disposición de recursos de manipulación.

Pero que todo esto sea cierto no significa que necesariamente los nuevos líderes tengan un desempeño antiinstitucional. Antes bien, lo común a todos estos rasgos es su orientación hacia la gobernabilidad, el control de las demandas y la movilización, el disciplinamiento de los sectores potencialmente antagonistas y la desactivación de los conflictos. Todo ello en las antípodas de lo que fuera el principio aglutinante y la lógica de movilización de los populismos clásicos. Por otro lado, la «eficacia gubernativa», que aparentemente es una de las condiciones de posibilidad de los actuales liderazgos, y la estabilidad política resultante de la desactivación de los antagonismos preexistentes, en sí mismas favorecen una mayor diferenciación y ordenamiento institucional. Encontramos así que, una vez superada la «situación de emergencia» en la que emergen los nuevos líderes, signada por la personalización de la toma de decisiones y el debilitamiento de los

mecanismos institucionales preexistentes, en todos los casos se observa una paulatina reinstitucionalización de la vida política. Que acorde con el primado de la eficacia al que nos referíamos, consiste fundamentalmente en la recomposición del aparato estatal, su autonomización de las presiones sectoriales y el incremento de los recursos técnicos de gestión.

Con todo, lo cierto es que en la mayor parte de los casos, los nuevos líderes de la región no se destacan por su vocación para crear y fortalecer instituciones. La situación podría describirse, entonces, como tendencialmente favorable a la consolidación institucional, tanto por la transformación del formato de representación e identidad de las fuerzas populistas, como por el contexto político de creciente estabilidad, pero sólo parcialmente orientada en esta dirección.

Una muy limitada incorporación de los principios del liberalismo puede ser uno de los motivos de la señalada indiferencia de los gobernantes respecto del fortalecimiento institucional. No es que ellos consideren sólo el liberalismo en términos económicos, como cierta literatura sobre el «neoliberalismo populista» sostiene, sino más bien que convergen con una tradición liberal muy difundida en América Latina, marcadamente autoritaria y antipluralista, que reivindica del liberalismo sólo el principio utilitario de la eficacia de gobierno. No casualmente, ese liberalismo fue el que protagonizó entre fines del siglo xix y principios del xx, una radical y «forzada» modernización de estas sociedades, que para muchos de los actuales gobernantes constituye un modelo a imitar. Aunque pulido de sus anteriores aristas regeneracionistas y autoritarias, el populismo, a la sombra de esta reputada tradición, tiende a «conservadorizarse», como sostiene Gibson, más que a «liberalizarse».

Conclusiones

Si las identidades populistas históricas tienen poco que ver con las que se vehiculizan actualmente en la relación entre los líderes y las masas, si difícilmente se pueda ya hablar de «movimientos populistas» en ningún sentido, tal vez resulte conveniente relativizar el uso que se hace de esa denominación para los actuales fenómenos políticos. Se podría hablar tal vez de liderazgos y partidos populistas, o neopopulistas, pero en un sentido mucho más limitado del que se otorgaba al término décadas atrás, en virtud de la pertenencia a una, aceptemos que difusa, «tradición cultural». Pero incluso en este sentido puede objetarse que los propios líderes suelen aludir despectivamente a dicha tradición, asociándola a las actitudes «demagógicas» de quienes se oponen a sus políticas de reforma y modernización. De todos modos, lo que interesa no es esto, un problema en última instancia terminológico y de polémica circunstancial, sino si los líderes actuales cumplen

una función de integración a la vida política de sectores de otro modo excluidos, y si lo hacen o no en términos similares a los planteados por sus antecesores clásicos. Veamos.

En los años 30 y 40 en América Latina, la crisis de representación política a la que los fenómenos populistas dieron, mal o bien, una respuesta, correspondía al desborde de lo «representable» respecto de los mecanismos de representación. Es decir, una sociedad en rápida transformación, con sectores urbanos crecientemente movilizadas y organizados, excedía ampliamente las posibilidades de integración y procesamiento de demandas que ofrecían los Estados tradicionales, sus partidos políticos, sus recursos institucionales. La actual crisis política parece obedecer a muy otras dificultades. Se trata más bien de una desarticulación de los tradicionales «actores representables» (Touraine 1987). Y por lo tanto, más que una presión excesiva sobre las instituciones, el problema es la desconexión real o potencial entre ellas y la sociedad. No se trata, por cierto, de que ésta no se manifieste de algún modo. También se registran, como vimos, nuevas formas de agregación de demandas e intereses, sobre todo a través de las elecciones y la opinión pública. Pero ello, lejos de resolver el problema, contribuye a que la crisis actual sea aún más multifacética que la de cuatro o cinco décadas atrás.

En el contexto de esta crisis, los líderes en cuestión ofrecen a sus sociedades una alternativa que es, al menos en un sentido, muy populista: se proponen como *ultima ratio* de la confianza de los ciudadanos en las instituciones, como garantía de que la modernización (y las reformas que deben acompañarla, y que como decíamos al comienzo, se presentan en toda la región casi como un *factum* inevitable) se llevarán efectivamente a cabo y se producirán con el menor «costo» posible. En otras palabras, en tanto «líderes populistas», se presentan a la vez como personificación del orden, de la capacidad de gobernar y tomar decisiones, y como «protectores» paternales del pueblo, velando por sus representados, a quienes protegen del rigor de los economistas y los técnicos (que en muchos casos ellos mismos llevan al poder), y frente a un mundo descamado e insensible a los sufrimientos humanos, a sociedades donde la competencia y las desigualdades del mercado han ido agudizando y generalizando la sensación de incertidumbre e inseguridad personal. En otros términos, prometen un lugar a los más débiles, por más subordinado que sea, en el orden que resultará de la consolidación institucional y la modernización económica. Es ésta, por cierto, una forma de integración menos ambiciosa que la que prometía la regeneración de la nación por parte del pueblo victorioso. Y por lo mismo, es menos conflictiva y más institucional, más conciliable con la estabilidad democrática, que la que ofrecieron los populismos clásicos a situaciones de cambio en muchos sentidos menos dolorosas que las actuales.

Ciertamente, es fácil también advertir los límites de esta integración. Más allá de ellos se despliega el drama de la pobreza e injusticia crecientes de nuestras sociedades, se abren signos de interrogación respecto de los significados concretos, en términos sociales, económicos y también políticos, de la ciudadanía democrática y el disfrute de los derechos. En la medida en que los fenómenos populistas o neopopulistas son hoy más que nada un componente del «partido del orden», estos temas difícilmente podrán ser planteados, como lo fueron en décadas pasadas, en sus términos. Dar cuenta de ellos es en este momento, sin duda, el principal desafío para las instituciones democráticas, y será por lo tanto un terreno privilegiado para el desarrollo de nuevos proyectos políticos en la región durante los próximos años.

Bibliografía

Sobre los populismos latinoamericanos

- Alberti, Giorgio: «Democracy by default, economic crisis, movimientismo and social anomie», 1991, mimeo.
- De Ipola, Emilio: *Ideología y discurso populista*. Folios, México, 1983.
- Ducatenzeiler, Graciela, y Philippe Oxbom: «Democracia, autoritarismo y el problema de la gobernabilidad en América Latina» en *Desarrollo Económico* No 133, 4-6/1994, Buenos Aires.
- Gibson, Edward: «Conservative Party Politics in Latin America: Patterns of Electoral Mobilization in the 1980s and 1990s», ponencia presentada al «Seminario sobre desarrollo institucional y crisis de la representación política», ISEN. 7/1995, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto: «Hacia una teoría del populismo» en *Política e ideología en la teoría marxista, Siglo xxi*, Madrid, 1986
- Merino, Mauricio: «¿El conflicto como condición de la democracia? Límites y expectativas de la transición democrática en México» en *Política y Gobierno* N° 1. México, 1-6/ 1994.
- Paramio, Ludolfo: «El final de un ciclo y la crisis de unos actores» Madrid, 1992, mimeo.
- Paramio, Ludolfo: «Consolidación democrática, desafección política y neoliberalismo» en *Cuadernos del CLAEH* No 68, Montevideo. 1993.
- Roberts, Kenneth M.: «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America. The Peruvian Case» en *World Politics* No 48, 10/1995.
- Touraine, Alain: *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina, Siglo xxi*. Santiago, 1987.
- Touraine, Alain: *América Latina. Política y sociedad*. Espasa, Madrid, 1989.
- Weyland, Kurt: «Neo-Populism and Neo-Liberalism in Latin America: Unexpected Affinities», 1994, mimeo.
- Zermeño, Sergio: «El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden» en *Revista Mexicana de Sociología* No 51/4, México, 1989.

Sobre identidades y representación política

- Cavalli, Luciano: *Governo del leader e regime dei partiti, II Mulino*, Bolonia, 1992.
- Duso, Giuseppe: *La Rappresentanza: un problema di filosofia politica*. Franco Angeli, Milán, 1988.
- Fabbrini, Sergio: «Il governo del leader-partito» en *Rivista Italiana di Scienza Politica* No 3/ xxi. 12/1991.
- Galli, Carlo: «Immagine e Rappresentanza Politica. Ipotesi introduttive» en *Filosofía Política* N° 1/1,6/1987.
- Galli, Carlo: «Política: una hipótesis de interpretación» en *AAVV: Pensar la política*, UNAM, México, 1990.

- Genovese, Riño: Teoría di Lulu. L'immagine femminile e la scena intersoggettiva, Liguore Editore, Nápoles, 1988.
- Laclau, Ernesto: «Universalism, Particularism and The Question of Identity», Essex, 1994 a, mimeo.
- Laclau, Ernesto: «Subject of Politics. Politics of the Subject», Essex, 1994b, mimeo.
- Laclau, Ernesto y Lilian Zac: «Minding the Gap: The subject of Politics» en The Making of Political Identities, Verso, Londres -Nueva York, 1994.
- Mongardini, Carlo: Forme e formule della rappresentanza política. Franco Angeli, Milán, 1994.
- Pasquino, Pasquale: «La Rappresentanza Politica. Progetto per una ricerca» en Quaderni Piacentini N°12, 1984.
- Schmitt, Carl (1927): Teoría de la Constitución, Alianza, Madrid, 1982.
- Schmitt, Carl (1932): El concepto de lo político. Folios Editores, Buenos Aires. 1984.